

# *La guerra que no fue guerra*

*Francis Bartolozzi*



*Francis  
Bartolozzi '90*

Pues veréis; os voy a contar una historia muy bonita, espero que os guste porque además es divertida y sucedió de verdad.

Había en un monte muy grande un castillo con altas torres. Alrededor, unas casitas. En éstas vivían unos hombres y mujeres tan flacos, tan flacos, que apenas si podían tenerse en pie. En el Castillo de las Altas Torres, se encontraba el dueño de aquel lugar. Era nada menos que el Marqués más malo y feo que podéis imaginar. Era tan flaco como sus súbditos, tenía una larga y afilada nariz, unos bigotes y una barba en punta, además de un genio malísimo, por lo que siempre estaba gritando. También tenía una hija, bonita y buena, por lo que no se parecía nada a su padre ¡menos mal! Además de terrible genio, el Marqués era un “roñica”. Nunca pagaba a sus servidores ni le compraba juguetes a su hija y no sólo eso, sino que tampoco compraba comida, por lo que todos pasaban un hambre terrible. Sólo comían de vez en cuando un huevo, alguna patata y pan. El postre, una vez al año y la leche ni la veían.

Comprenderéis que con aquel régimen de comidas, los pobres habitantes de aquel lugar estaban hambrientos y tan flacos como perros callejeros.

Y es que el Marqués, peseta que tenía, peseta que guardaba. ¿Y sabéis dónde? Pues en una de las torres de su castillo dentro de unas arcas que luego cerraba con fuertes candados; de esta manera nadie podía disponer del dinero.

¿Y sabéis para qué guardaba aquel tesoro?

Os lo voy a decir:

Con todo aquel dinero, el Marqués compraba armas. ¡Sí, sí, armas!

¿Y qué hacía con ellas?

Las guardaba en otra de las torres del castillo. Así tenía montones de bombas, fusiles, espadas, granadas, balas...

Vosotros os preguntaréis, ¿para qué compraba estas armas? ¿Y por qué las guardaba en la torre?

Muy sencillo, se estaba preparando, nada menos, que para hacer la guerra ¡Sí, sí, la guerra!

¿Pero contra quién? Pronto lo veréis.

Abajo, en el llano, junto al monte donde estaba el Castillo de las Altas Torres, había un pueblo de casitas pequeñas, blancas, una torre, pero ésta era de la Iglesia, no de un castillo, y un palacio, en el cual vivía un Rey.

Los habitantes de este pequeño pueblo nunca habían subido al monte por lo cual no conocían ni al Marqués ni a sus habitantes los flacos súbditos, así como éstos tampoco habían bajado al llano por lo cual tampoco les conocían.

El Rey se llamaba Don Florindón, era muy bueno, muy gordo y muy alegre. Quería muchísimo a su pueblo y éste a su Rey. Por las mañanas, en el momen-

to que el reloj de la torre daba las ocho campanadas, el pueblo entero se levantaba de la cama; comenzaba un nuevo día.

El Rey también madrugaba, se lavaba bien la cara y las orejas, porque era un Rey muy limpio. Se vestía y se colocaba la corona, un poco ladeada, como el que se coloca una boina o un sombrero. Después desayunaba chocolate con churros y leche y se asomaba al balcón para saludar a sus subditos, dándoles los buenos días.

— ¡Hola, amigo lechero! ¿Qué tal las vacas, han dado mucha leche? –le preguntaba al repartidor–.

— Sí, sí, Majestad, hoy llevo leche para todos los niños del pueblo y aún sobrará para los gatos.

— Muy bien, muy bien –decía el Rey– y seguía saludando: ¡Hola pastorcita! ¿Vas con las ovejas al prado?.

— Sí, Majestad, las llevo a comer hierba fresquita para que se pongan bien gorditas y lustrosas.

Y de esta manera, el Rey Florindón saludaba, uno por uno, al carbonero, al cartero, al carnicero, al panadero, a las mamás y a los niños que marchaban al colegio.

Después entraba en el despacho, para trabajar un poquito. Este Rey tenía un hijo, que se llamaba Príncipe Florindín, el cual no era tan gordo como su padre, pero sí tan bueno y alegre. Antes de ir a estudiar, el príncipe ayudaba a su padre, pegaba sellos en las cartas, buscaba y colocaba los libros sobre la mesa de trabajo, le traía el periódico, le daba un beso, y se iba al “cole”. La vida en este pueblo era pues tranquila y feliz.

Antes de comer, el Rey bajaba a las cocinas del Palacio para ver qué preparaban los cocineros, levantaba las tapaderas y sonreía cuando olía lo que estaba dentro de las cazuelas; probaba de algunos guisos, y luego decía al cocinero mayor:

— ¡Está riquísimo! Quiero que mandes un poco de cada guiso a las familias que más lo necesiten, y también huesos a los perros.

Así sucedía cada mañana en aquel pequeño pueblo del llano donde sus habitantes eran felices, estaban gordos y alegres. Todo lo contrario que los pobres flacos y tristes habitantes del monte junto al Castillo de las Altas Torres.

Pues así estaban las cosas, cuando un buen día, al Marqués flaco y de mal genio se le ocurrió que había llegado el día de utilizar las armas compradas y almacenadas en su castillo; para ello nada mejor que declarar la guerra a su vecino el Rey Florindón, que vivía en el llano. Y aunque no le conocía ni le importaba nada ni él ni su pueblo, eso no fue obstáculo y sin pensarlo más dijo:

— ¡Haremos la guerra!

Por ello, llamó a uno de sus soldados y le dijo:

— ¡Prepárate, has de ir inmediatamente al pueblo del llano y decirle al Rey que le vamos a declarar la guerra!

— ¿Pero... por qué? —se atrevió a preguntar el pobre soldado, temblando, pues le parecía una barbaridad tal orden—.

— ¡Porque lo digo yo! —gritó el Marqués, enfurecido—. Así que, ¡ale!, vete ahora mismo y le dices que mañana a las doce en punto iremos a su pueblo y comenzaremos la guerra.

El soldado aún intentó disuadir a su señor de hacer tal disparate.

— Pero ¿quién te has creído que eres, mamarracho? le gritó el Marqués enfurecido.

Como veréis, el tal señor tenía un genio ¡que ya, ya!

— ¡Coge inmediatamente el caballo, el fusil y esta carta! ¡Ale, a declarar la guerra como te he mandado! ¡En marcha! El pobre soldado, entre el susto que tenía y lo flaco que estaba, apenas si se sostenía en el caballo, mientras pensaba en el disgusto que les iba a dar a sus vecinos, los del pueblo del llano.

Despacito, despacito, llegó al Palacio, llamó a la puerta y esperó temblando. Abrió un centinela y le preguntó quién era y qué quería.

— Vengo a dar una carta a tu Rey.

— Espera, voy a decírselo.

No tardó mucho en regresar el centinela, que cogiendo las riendas del caballo dijo:

— Pasa, el Rey Florindón te espera.

El soldado subió a duras penas las escaleras del palacio, llegó al salón en el cual estaba el Rey sentado en un sillón, le miraba sonriente y como era tan cariñoso, enseguida le dijo que se sentase a su lado.

Después ordenó a su centinela que le trajese un aperitivo al soldado, un vinito y unas aceitunas sin hueso. Se conoce que el Rey comprendió, viendo lo flaco que estaba, eran suficientes los huesos que ya tenía el pobre soldado.

— ¡Señor Rey! —suplicó éste— ¿No podría traerme, en vez de las aceitunas, un bocadillo de chorizo? ¡Es que tengo tanta hambre por el viaje!

Claro que el hambre no la tenía por eso, sino que era de nacimiento.

— ¡Sí, hombre! ¡Un bocadillo de chorizo y otro de tortilla, además un buen trozo de tarta! —ordenó el Rey complaciente—.

Cuando el soldado hambriento se vio ante tan ricos y succulentos manjares, creyó volverse loco, comió con tal ansia que, en menos de un periquete, no dejó ni las migas.

— ¡Vaya, vaya, se ve que tenías bastante hambre! —comentó el Rey—.



Francis.  
Pratoloff '58

— ¡No lo sabe usted bien! –comentó el soldado, relamiéndose de gusto–.

— Pues ahora dime a lo que has venido.

— Yo... el caso es... que... la verdad no me atrevo a decírselo.

— ¡Atrévete, atrévete! –le animó el Rey–.

— Es que mi Señor el Marqués de las Altas Torres me ha encargado le entregue esta carta en la cual... vamos que... ¡no me atrevo!

— ¡Dilo de una vez!

— ¡Pues que!... ¡que mañana vamos a declararle la guerra! Tenemos las armas preparadas; así pues mañana a las doce en punto empezará la guerra...

— ¿Qué guerra? –preguntó asustadísimo el Rey– ¿cuál es la razón de esa guerra?

— Yo no lo sé, de verdad que no lo sé, me parece que no hay ninguna razón para hacer la guerra, es que al Marqués se le ha metido en la cabeza esa idea, y eso que ninguno de sus súbditos la queremos.

— Entonces ¿por qué nos la declara?

— Es que, verá, Majestad, se ha gastado muchísimo dinero en comprar armas de todas clases, tenemos una torre llenita, por eso, dice mi Señor que tenemos que hacer la guerra; ¿para qué si no queremos las armas?

— ¡Claro, claro, tienes razón! –dijo el Rey cada vez mas asustado– ¡Es que yo no quiero pelearme con nadie, no me gusta, soy pacífico, me gusta vivir en paz con mi pueblo!

— Además –siguió el compungido Rey– nosotros no tenemos armas ¡ni siquiera pistolas de juguete!, ¿cómo vamos a pelear? Vete y díselo así a tu Señor, el Marqués.

— Me parece que no hará ningún caso, tiene los cañones dispuestos, los fusiles preparados y las bombas a punto de explotar, por lo tanto, mañana a las doce en punto, empezaremos la guerra.

— ¡Todo eso es una tontería!, ¿qué va a conseguir con ello?

— No lo sé, de verdad, no lo sé.

El pobre soldado, flaco y triste, montó en su caballo y, con lágrimas en los ojos, se despidió del Rey.

Éste quedó aterrado con la noticia, pues además de no tener armas para hacer la guerra, le ponía de muy mal humor el que su pueblo tuviera que pelear.

Decidido a encontrar una solución a tan tremendo problema, reunió a los hombres más importantes de su pueblo para darles la noticia y entre todos tomar una decisión.

En aquel pueblo no había soldados, sólo un capitán, porque en las fiestas hacía muy bonito que, junto al Rey, al alcalde, al médico, al cura y al maestro,

desfilase un capitán con un bonito traje de gala, casaca roja, pantalón azul, botas altas brillantes y un casco con plumas, además del sable. Pero eso sólo era en las fiestas y al son de la música.

— ¿Cómo pues iban a hacer la guerra?

— ¿Con qué armas, con qué ejército?

Acudieron al Palacio todos los llamados, mas a ninguno se le ocurría nada para evitar tal catástrofe.

— ¡Si sólo tenemos dos cañones! —dijo el capitán— y además no sirven para nada puesto que carecemos de bombas. Estos cañones sólo sirven para adorno y para que los niños jueguen a subirse en ellos.

El Rey daba vueltas y más vueltas sin lograr encontrar salida al problema.

Hasta que el Príncipe Florindín se acercó a su padre y le habló al oído.

— ¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Has tenido una idea genial, hijo mío!

— ¿Y cuál es esa idea? —preguntaron todos, intrigados—.

— ¡La vais a saber enseguida!. Ahora no perdamos tiempo y comencemos los preparativos. Lo primero tenemos que llevar los cañones a la salida del pueblo, frente al camino que baja del monte donde vive el Marqués de las Altas Torres, después cada uno de vosotros tiene que llevar un cesto lleno de peras, manzanas, tomates y toda clase de comida y dejarlo junto a los cañones —dijo el Rey a sus súbditos— que le miraban con la boca abierta.

Corriendo, marchó a las cocinas del Palacio.

Durante la noche, nadie durmió en el pueblo, todo eran preparativos, llevando cestos repletos de comida junto a los cañones; hasta los niños aportaron su ayuda, con caramelos, chicles, chupa-chus...

Amaneció el día fatídico, el día señalado para la gran batalla.

En el Castillo del Marqués, éste se preparaba, se vistió con sus mejores galas, se colgó varias condecoraciones, metió en el cinto la espada, montó en su flaco caballo, salió a la plaza del pueblo y ordenó a sus soldados:

— ¡A la guerra! ¡Preparados para el ataque! ¡La victoria es nuestra!

Los flacos y tristes soldaditos del terrible Marqués, apenas si podían con el fusil, mas como no tenían otro remedio que obedecer a su Señor, le siguieron.

— ¡Las doce! —dijo el Rey del pueblo atacado—.

— ¡Las doce! —dijeron los súbditos—.

— ¡Las doce! —dijo el Marqués de las Altas Torres—.

— ¡La guerra ha comenzado! ¡Adelante! ¡La victoria es nuestra!

Mas los soldados no corrían ni hacían el menor movimiento con los fusiles, que arrastraban con los brazos caídos.

El momento era emocionante.

Los dos ejércitos estaban frente a frente. Uno con armas terribles, el otro sin ellas. ¿Qué podía suceder ante tal situación? Pronto lo veréis.

Silencio.

De repente, la voz del Marqués sonó terrible, potente, como un trueno.

— ¡Fuego!

Sus soldados, tan asustados, seguían sin acertar a cargar los fusiles, ni siquiera apuntar con ellos al enemigo y las piernas les temblaban de tal forma que sus huesos sonaban como castañuelas.

En el otro frente, el Rey ordenaba a su ejército, bueno a sus súbditos, pues ya sabéis que lo que se dice ejército, no tenía ninguno:

— ¡Fuego!

¿Y qué os parece que sucedió?

Ahora vais a saberlo.

De los dos viejos y únicos cañones que tenían a la entrada del pueblo, comenzaron a salir disparados objetos rarísimos que dejaron a los soldados del Marqués con la boca abierta. No eran bombas, sino peras, manzanas, tomates, patas de pollo bien doraditas y jugosas, salchichas, huevos duros, bocadillos de chorizo, pasteles...

¡Qué fue aquello!

Ante tal "bombardeo", los soldados, que seguían con la boca abierta, notaron como se les iban introduciendo aquellas municiones.

¡Y poco bien que les sabía!

¿Cuándo habían comido patas de pollo, ni frutas, ni pasteles, ni bocadillos? ¡Nunca!

Y allí se armó una verdadera batalla, pero no para matarse unos a otros, sino para "cazar" al vuelo tan ricos comestibles. Comían y comían hasta llenar sus pobres y hambrientos estómagos, dejando en el suelo sus armas.

El Marqués gritaba, chillaba, pataleaba, daba órdenes, manejando su espada amenazadora, mas nadie le hacía el menor caso.

Cada cual lo único que hacía era cazar al vuelo lo que podía de las ricas cosas que salían de los viejos cañones del enemigo. Pronto tuvieron la tripa tan llena como globos a punto de estallar. Entonces se tumbaron en la hierba fresquita, dispuestos a descansar y hacer una buena digestión. Al fin se quedaron dormidos. Momento que aprovecharon los enemigos, los súbditos del Rey, para quitarles las armas y las municiones; después las fueron echando en una sima, muy profunda, para que nunca jamás pudiesen cogerlas.



El Marqués de las Altas Torres estaba tan furioso por ver de qué manera había sido derrotado, que se tiraba de los pelos y chillaba como un loco.

El Rey tuvo pena y se acercó, diciéndole:

— Mejor será que se baje del caballo y se venga conmigo a mi Palacio, allí haremos las paces tomándonos una buena comida y bebiendo champán.

— ¡Jamás! ¡Yo he nacido para la guerra! ¡No quiero la paz!

— ¡Pues peor para usted! –le contestó el Rey– y se dio media vuelta marchando a su Palacio.

El Marqués tiró de las riendas a su caballo y salió corriendo hasta su castillo, allí le esperaba su hija, triste y llorosa:

— ¡Papá, deja de pensar en la guerra!

— ¡Fuera de mi vista! ¡Volveré a comprar armas! –fue la respuesta del malvado Marqués– y corrió a encerrarse en una de sus torres. Creo que aún sigue allí.

Mientras tanto, los vencedores organizaron una fiesta para celebrar su victoria, sobre todo por no haber tenido necesidad de usar armas de verdad. Despertaron a los soldados y se los llevaron con ellos al pueblo. Se organizó un gran baile. Sonó la música toda la noche y aquello fue una verdadera fiesta, donde vencedores y vencidos bailaron contentos.

El único que estaba un poco triste era el Príncipe, pues se acordaba que allí arriba en el Castillo estaba sola la hija del Marqués y pidiendo permiso a su padre, el Rey, para ir en su busca, corrió hasta el monte.

La encontró sentada junto a las torres y, ante la invitación del joven príncipe, se fue con él a participar de la alegría de su pueblo.

La fiesta duró varios días.

Después, todos vivieron en paz, sin jamás volver a pensar en guerras.

Creo que el Príncipe se casó con la hija del Marqués porque eso es lo que siempre sucede en los cuentos.

Y de esta manera tan curiosa, se ganó una guerra sin necesidad de disparar un tiro. Quizás, si este cuento lo pudiesen leer esos señores tan importantes, que siempre están pensando en comprar y hacer armas y declarar guerras, el mundo viviría más tranquilo.

¿No os parece?

Pero lo malo es que esos señores no leen cuentos.

¡Qué vamos a hacerle!



fin